

AMANECER

Amanecer de frío invierno. El pueblo duerme. Salgo de casa y la oscuridad me envuelve. Doy rápidos saltos; a veces con la fugaz luz que me presta algún relámpago. Los portazos de la casa grande y las bocanadas de aire que lanzan las calles que cruzo me ayudan a situarme en el camino. Abro la puerta del templo y vuelo por los peldaños hasta el campanario. Lucho contra las ventoleras que me bambolean y repico con sones que se amortiguan por los truenos que se suceden de continuo. Bajo y sorteando sillas llego a la lamparilla de aceite. Enciendo su mariposa y dejándola a flote me siento en un banco a esperar a quien le dé por llegar. Hoy a mis ochenta me cuesta creer que a mis siete me atreviera a hacer lo que hacía.